

SABADO

D. L. 2224

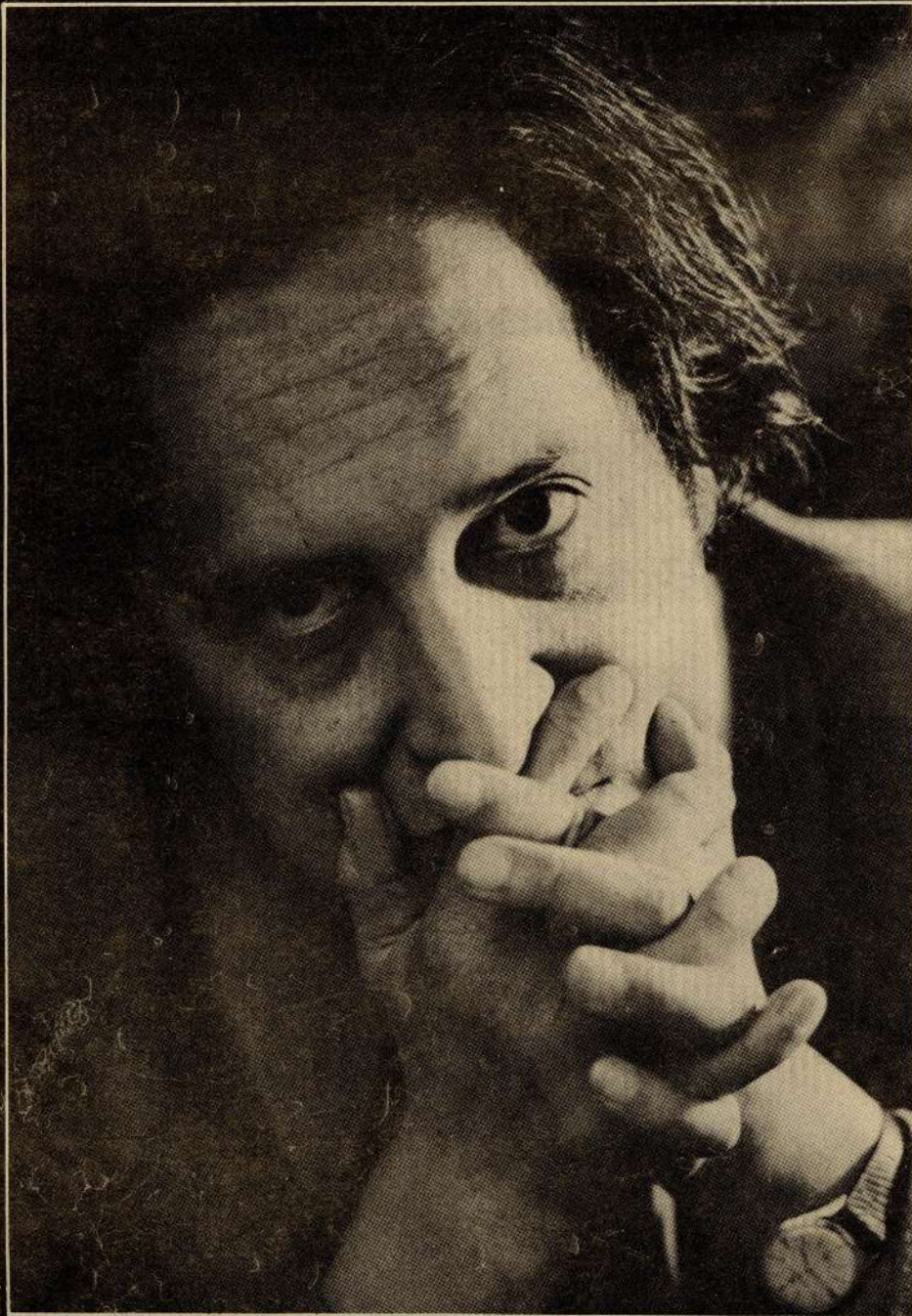


La República



# La tumba del **RELAMPAGO**

Tenía miedo a los aviones y a despertarse una mañana sin la capacidad de escribir. Tenía también tres hijos y ganas de quedarse a vivir para siempre en el Perú. El vuelo fatal de un Jumbo quebró sus sueños y sus temores, y ahora es esta fotografía, el llanto de sus hijos y una palabra poderosa que resistirá al tiempo.



“Considero que las instancias máximas en el ser humano son: el amor, la libertad y el arte”, dijo alguna vez y también que sus novelas son máquinas de soñar “donde más importante que los horizontes reales, son los horizontes oníricos”. Lo que sigue es un homenaje dolido y esperanzado a Manuel Scorza, a través de su huella, precisamente, en el arte, la libertad y el amor.

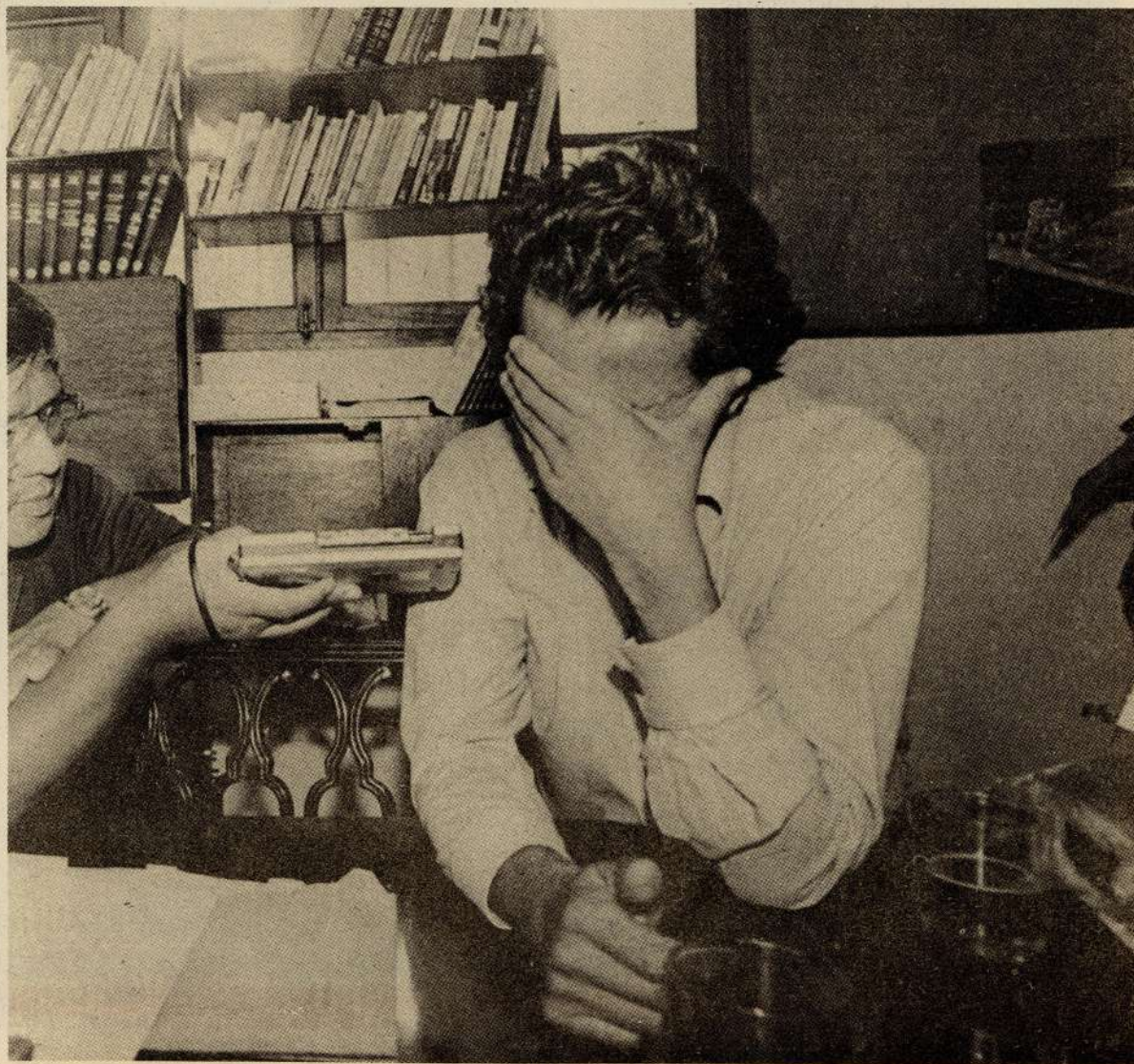
## Recordando a Scorza con César Calvo:

# De Adioses e IMPRECACIONES

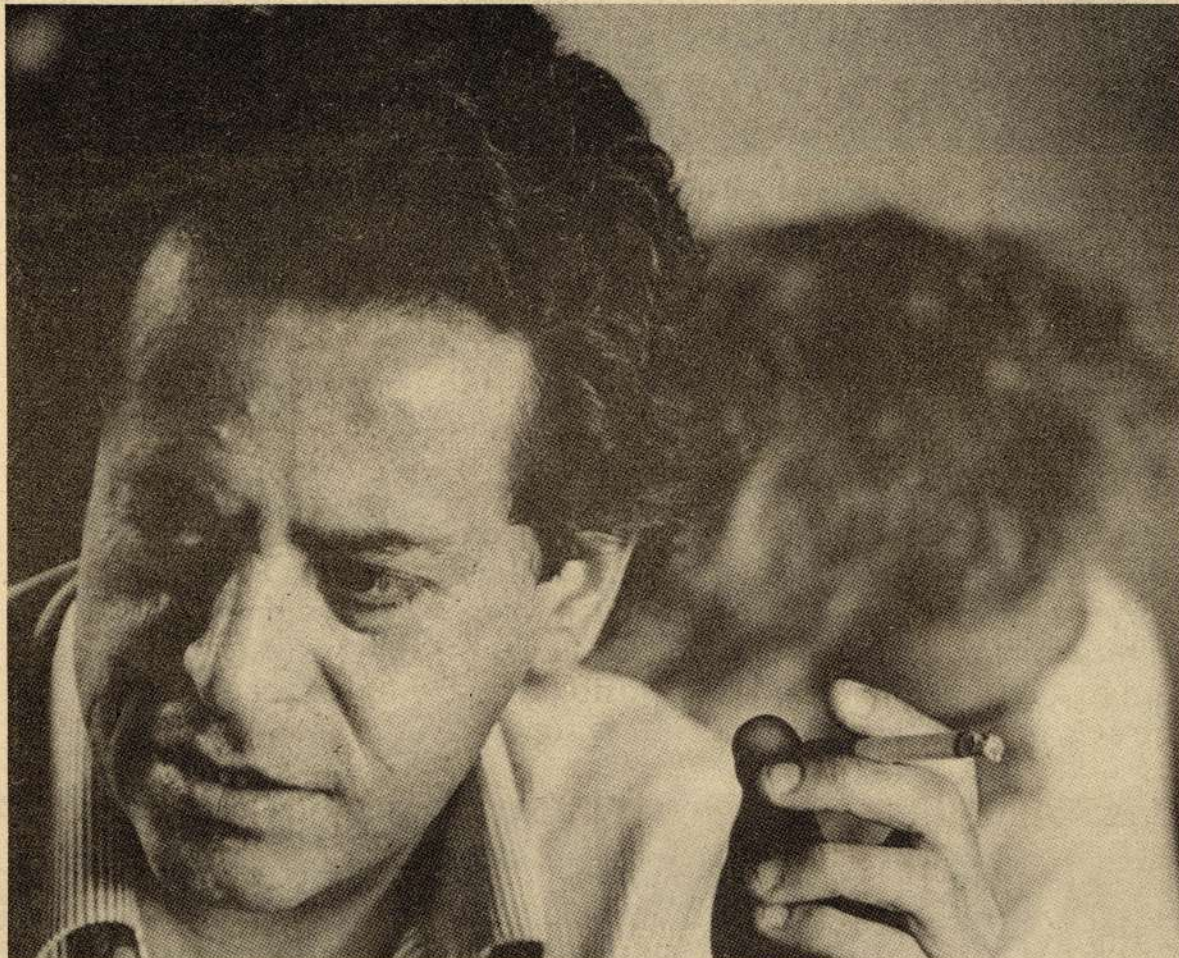
Entrevista de Mario Campos

**“Recuerdo un lamparín a kerosene y nuestras risotadas en medio de la madrugada de Pucusana. Recuerdo sus anteojos y sus palabras saliendo, felices. Yo prefiero recordarlo así, riéndose, luminoso. Prefiero refugiarme en las vertiginosas noches de creación, de persecución de la frase exacta, de su conquista y entonces, nuestras risotadas despertando a la gente, haciéndole imposible el sueño, provocando su encono hacia nosotros. Porque aquí, la alegría, la risa, no se soportan, y menos si son de otros”.**

César Calvo no sabe muy bien si fue en 1957 o en 1958 cuando conoció a Manuel Scorza. En realidad, en estos días, César Calvo, no está seguro de muchas cosas, sólo de su inmensa pena por la muerte de Manuel, sólo de la desazón, de esa especie de desamparo que lo ha tenido confundido en esta semana, como hartado, con ganas de irse por ahí. Tuve que sacarle las palabras poco a poco. Estaba Arturo Corcuera y la señora Lily Hoyle, la primera esposa de Manuel, a quien conoció a los trece años, y con quien tuvo dos hijos. La señora Lily tiene ojos verdes y los recuerdos tristes. Ella mira con curiosidad a César cuando éste se pone a contar sus cosas con Manuel: su larga relación de risas y malanoche, en Lima y en París, su miedo a los aviones y las risotadas. ¿Es posible ser feliz en el Perú? Scorza decía que no, pero tampoco pudo ser plenamente en otros lugares: la retorcida relación de amorodio con este país, al cual, sin embargo, Scorza planeaba regresar para quedarse y envejecer y morir cerca a sus amigos, a alguien querido. Y sin embargo, César, la muerte estúpida en el Jumbo, faltando apenas segundos para llegar a Madrid, y sin embargo su rostro en todos los diarios, los cables, las palabras apuradas en medio del llanto. Pocos escritores



—“Manuel, mi amigo, mi hermano...”



"Tenía miedo a los aviones. Cuando volaba dejaba todo dispuesto entre sus familiares, como si tuviera la certeza que iba a morir".

unieron tan vitalmente la palabra y la acción como Manuel Scorza. Ahí están sus poemas, henchidos de pasión y ternura. Ahí están sus novelas, con la rabia solidaria con nuestros campesinos. Lo que sigue es una reconstrucción humana e intimista de Manuel Scorza, hecha por César Calvo, su amigo "hasta el vino torturado". (MC)

como un cristal de luto, quebradizo. Pero esos son momentos muy efímeros.

—¿Y por qué no quieres recordarlo así?

CALVO.— Es que él no era solamente así. El era también uno de los sacerdotes del humor negro. Le rendía culto con bastante frecuencia.

—¿Qué quería conjurar con ese humor?

CALVO.— Según Manuel —yo nunca creí que era verdad— él vivía atormentado por una infancia demasiado pobre. Pero pienso que eso era un antifaz que él ponía a su tristeza. Pienso que la verdadera razón de su tristeza era anterior a su nacimiento. Al-

guna vez tratamos de entendernos sobre esto. Yo le conté que cierta vez, conversando con José María Arguedas, que ya había intentado suicidarse y se estaba reponiendo, una noche cantando huaynos, bebiendo, yo aprovechando los tragos, le dije: "José María ¿qué podemos hacer los que te queremos para que no te

mates?" Y José María, sumamente lúcido, me dice: "Impidan la llegada de los españoles". Yo le conté esto a Manuel y él se estremeció casi hasta el llanto. Tuve la impresión que esa era también su respuesta. Tal vez yo podría haberle dicho a Manuel: "¿Qué podemos hacer los que te queremos para que no te deprimas?" Y él seguramente me hubiera dicho: "Impidan la llegada de los conquistadores españoles". Yo pienso con esto, que tal vez el trauma suyo era el trauma de su pueblo, porque Manuel era mucho más indio que nosotros y a la vez más occidental. Por eso tenía un trauma quebrado, y por eso su quebrazón, tal vez venía de allí. Y tal vez la solución de sus tristezas, no estaba en buscar el mejor psicoanalista del Perú o de Francia, sino retroceder el tiempo. Impedir la llegada de los bárbaros.

—Sin embargo ¿qué era para Manuel la alegría?

CALVO.— Difícil ¿ah? Yo he visto a Manuel reírse mucho, pero no siempre lo he visto alegre.

—¿Qué era para Manuel el miedo? ¿Crees tú que sepultó sus miedos?

CALVO.— Yo creo que sus miedos han sido sepultados, pero sus corajes están vivos en sus libros y en sus amigos.

—Sin embargo, creo que esos libros fueron la superación de muchos miedos. La victoria sobre muchos temores.

CALVO.— Mira Mario, Manuel tenía miedo de no volver a escribir. Ese era un terror, el único terror, creo, que yo le he conocido. Terror de despertar una mañana sin la capacidad y el talento del escritor. Ese era un terror que él tenía. Lo cual, supongo, era también un miedo de no seguir vivo.

—Volar... ¡el terrible miedo al avión!

CALVO.— Tenía pánico al avión. Cada vez que Manuel viajaba en avión, preparaba el viaje como si fuera a morir. Por



"Su miedo a los aviones, era comparable con su terror a amanecer sin la capacidad de escribir".

—¿Cómo recuerdas a Manuel?  
CÉSAR CALVO.— Lo recuerdo vivo.

—¿Vivo? ¿y qué haciendo?  
CALVO.—... prefiero recordarlo riéndose.

—¿Por qué?  
CALVO.— Porque así se parecía más a mi alma: riéndose, haciendo bromas, o enfurecido por el desgarramiento de nuestro país, maldiciendo al gobierno de Belaúnde y a las clases dominantes. Me gusta recordarlo más así ¿no?

—¿Hay alguna forma en la cual no preferirías recordarlo?

CALVO.— Preferiría no recordarlo triste, deprimido, atezado y acosado por una serie de sombras que venían de más allá de su infancia. Manuel tenía sombras que lo asediaban.

—¿De qué estaban hechas esas sombras?

CALVO.— Yo creo que Manuel no lo supo, y yo menos. Sólo sé que a veces lo derruían. No lo dejaban dormir, amanecía ojoso, irascible, deprimidísimo,



ejemplo: él iba a viajar un día de París a Madrid, donde yo estaba viviendo y le había preparado una fiesta de bienvenida porque lo acababan de nombrar candidato al Premio Nóbel, y entonces en Madrid se armó un gran revuelo entre escritores y amigos, y le organizamos una bienvenida. Llegó Manuel invitado por la radiotelevisión española y me contó al llegar que había dejado todo listo antes de subir al avión: sacaba copias de sus últimos escritos, dejaba una en un sitio, otra en otro, otra la mandaba a Lima, y viajaba él con una de las copias, porque pensaba que se iba a caer el avión, y quería que sobrevivan sus escritos y borradores. Siempre dejaba estipulaciones específicas en caso de que muriera, en caso de accidente. Tengo entendido que ahora él dejó un sobre prácticamente secreto, en manos de una amiga íntima en París, diciéndole que sólo lo entregara a su hijo Mañuco, seguramente con las últimas indicaciones sobre qué quería que se haga con los libros que dejó a medio hacer.

“

Sin embargo,  
creo que esos  
libros fueron la  
superación  
de muchos  
temores

”

—De modo que la muerte siempre estuvo presente en los actos y actitudes de Manuel Scorza.

CALVO.— Por lo menos cuando iba a viajar en avión, sí. El tenía pánico de viajar en avión. Temía que el avión se venga abajo, siempre. ¡Cómo habrá sufrido en los últimos instantes! No sé. Por lo que dicen los sobrevivientes, no tuvieron tiempo de darse cuenta. Pero pienso que si Manuel tuvo un segundo de tiempo, el corazón le alivió de una muerte peor. Su corazón murió primero que él.

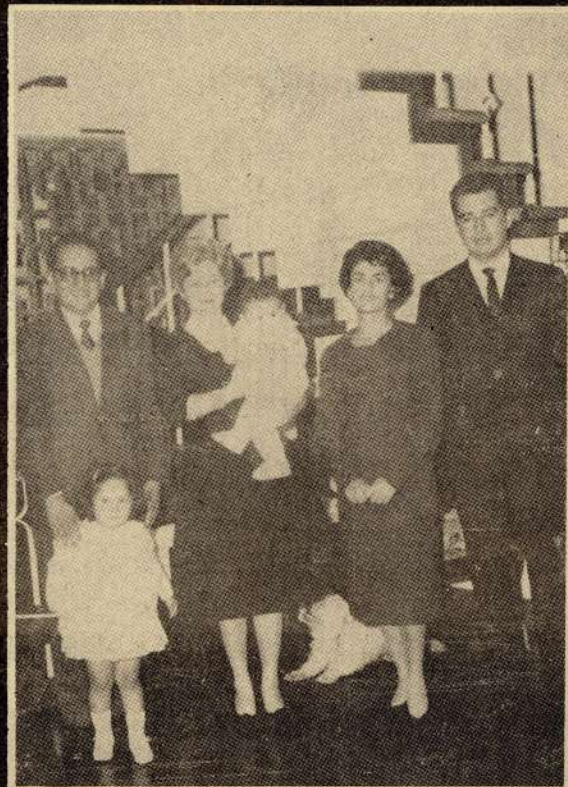
—Año terrible el 83...

CALVO.— Sí, pues: Chabuca Granda, Juan Gonzalo Rose, Pepe Bracamonte, el papá de Reynaldo Naranjo, que era como un padre mío. Doña Rosita Hernández, la mamá de Max.

—César: recuerdo que alguna vez dijiste que habías enamorado con poemas prestados de poetas amigos. ¿Con qué poemas de Scorza lo has hecho?

CALVO.— Con algunos poemas de “Los Adioses”. Yo enamoraba así a distraídas y no pre-

## Sus amores



Manuel Scorza con Lily Hoyle, su primera esposa, y sus hijas Ana María y Mañuco. Junto a ellos, su hermano Miguel con su esposa.



Otra vez con sus hijos Ana María y Mañuco, frente al edificio en el que vivía con Lily Hoyle, su primera esposa.



Con Marie-Claire, su tercera esposa. Ella es el personaje central de “La Danza Inmóvil”, otra de las obras de Manuel Scorza.



Con Cecilia Hare, su segunda esposa, en Yanahuanca, hasta donde acompañaron a Héctor Chacón, “el Nictálope”.



Enternecedora escena en la que aparece el malogrado escritor jugando con su última hija, Guisseny.

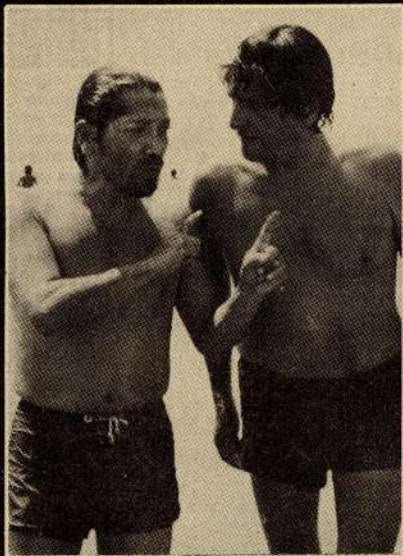
# Sus amigos



Con Alejo Carpentier, París, mayo del 74.



Con Bryce, Ribeyro, Rulfo, un Scorza sonriente, feliz...



Alfonso La Torre le asegura a Scorza que no se vuelve a internar en el mar...



Scorza, Genaro Carnero Checa, Matilde y Pablo Neruda... Jorge Icaza, Juan Ríos, Lima y un chifa para Pablo.



Con Mario Saavedra Pinón



En París, con Calvo y Corcuera.

...cisamente cultas adolescentes. Las enamoraba con poemas de Juan Gonzalo y Scorza, por supuesto que sin decirles que eran de ellos. A Manuel le causaba mucha risa esto. Le causaba mucha gracia, porque me decía que a él sus poemas no le daban resultado.

—¿Y qué poemas de Scorza te fueron especialmente efectivos?

CALVO.— Aquél que termina diciendo: "aunque cruces volando los años, no puedes subir. Yo soy las alas con que tú huyes de mí".

—¿Qué ubicación darías a Scorza en la literatura peruana?

CALVO.— Siempre he dicho que Manuel es uno de los grandes cantores del amor en la poesía hispanoamericana, y también uno de los grandes cantores de la rabia a nivel de nuestros pueblos. Supo ser a la vez el cantor político y el gran cantor de alca. Esos dos elementos, y muchos más, se concilian en sus novelas, que son poemas. En sus novelas se asomó el drama social del Perú, con una gran imaginación que hizo que el drama ascendiera, casi a la mitología ¿no?

“

No puedo olvidar

esa feroz

frase según

la cual

es imposible

ser feliz

en el Perú

”

—Seguramente tú fuiste testigo de cómo se produjo en Scorza el choque de la política activa, últimamente.

CALVO.— Yo en gran parte lo convencí en París para que aceptara la nueva incursión en la lucha política. El lo hizo sabiendo de que no apuntaba al triunfo. Lo hizo como quien cumple un deber. Pero estaba decidido a hacer un trabajo político. Ahora último estaba decidido a hacer un trabajo activo con Izquierda Unida.

—No puedo olvidar esa feroz frase según la cual es imposible ser feliz en el Perú.

CALVO.— El la repetía siempre. Pero de alguna forma fue feliz en el Perú. Sólo que le fue difícil, como a todos nosotros.

—¿Difícil? Yo creo que imposible.

CALVO.— Por eso se fue. No resistió. No soportó ver cómo en su país se desmontaban los intentos de reforma social que hizo Velasco. Sobre esto me





decía muchísimas cosas. Estaba muy dolido, muy desencantado de la situación política peruana. De la ceguera y la terquedad de nuestros actuales gobernantes, a quienes alguna vez calificó de genocidas. Estos se llaman ahora sus amigos.

—“Imposible ser feliz en el Perú”... ¡Cómo no! Si aquí hasta la alegría parece subversiva.

CALVO.— Una vez vino Manuel con las pruebas de galera de su libro “EL CANTAR DE AGAPITO ROBLES”. Me pidió que lo ayudara a corregirlo y que le hiciera algunas sugerencias. Alquilamos un departamento en San Isidro, pero la bulla de los carros no nos dejaba trabajar. Le sugerí irnos a San Bartolo, nos hospedamos no sé en qué hotel, y nos pusimos a trabajar de noche y a matarnos de risa toda la madrugada. Yo me río muy fuerte y Manuel también. Y nos reíamos cuando se redondeaba alguna frase, y eso provocaba un estruendo de alegría ¿no?; el logro de la frase conquistada. Discutíamos, salía la frase y las risotadas. Entonces, a los dos días de estar en el hotel, el administrador nos dijo que no dejáramos dormir a los otros huéspedes y que mejor nos íbamos. Nos fuimos a Pucusana. Ahí estuvimos una sola noche. Al día siguiente se quejaron los clientes.

Nos cambiamos de hotel. En el nuevo hotel nos cortaron el agua. Le dije a Manuel que no se atrevían a decirnos que nos fuéramos, quedémosnos sin agua, le dije. Nos quedamos otra noche, y nos cortaron la luz. Entonces compramos unos lamparines de kerosene y seguíamos riéndonos a la luz de los lamparines, durante toda la noche, corrigiendo el libro. Al final, el administrador no resistió más. Ya no sabía qué cortarnos, a no ser las yugulares. Salimos de ahí y nos fuimos a Pisco. De un hotelito sin nombre, nos botaron y tuvimos que irnos a Pisco Playa.

Una mañana, en el supuesto restaurante del hotelito y ante un inmenso parque de cemento, desierto, horrible y con un arbusto al centro, como todo adorno, Manuel me dijo: “¿Te das cuenta? ¿Qué mierda hacemos aquí ante este horroroso parque de cemento, expulsados de todo el mundo por reírnos?” “¿Te das cuenta que en el Perú la gente no soporta la alegría?” “Sí, y menos la ajena”, le dije, y nos regresamos a Lima.

—¿Cómo era tu relación literaria con Scorza? ¿Cómo era ese asunto de tu participación en sus libros?

CALVO.— La relación literaria que teníamos, era la misma que tengo con todos mis amigos. A Corcuera, hace años yo le llevé los originales de “Ino Moxo” y él corrigió cosas, me hizo cambiar cosas, y además me impulsó a publicar el libro. Con Manuel, igual. Cuando llegué a París, llevé el borrador, y él me hizo sugerencias. Tal vez por afinidad de temperamentos, al menos en la risa, Manuel requería más de mi consejo y mi compañía que el de otros compañeros, como Arturo y Reynaldo, a quienes también acudía. Manuel acudía también a Juan Gonzalo. Yo creo que esto empieza en San Marcos, cuando éramos poetas jóvenes. Lo aprendimos de la generosidad de



Scorza y Vargas Llosa en la Feria del Libro cumplida en Francfort (1976). Como en la foto, nunca se entendieron. Fueron dos posiciones distintas ante la vida y la literatura.



Frente a uno de los templos de París, el laureado escritor pasea en la ciudad donde volcó gran parte de su obra, entre ellas “Redoble por Rancas”.

Juan Gonzalo, de Gustavo Valcárcel, de Romualdo, de Scorza, que nos ayudaban a corregir nuestras cosas, y nosotros, a la vez, éramos honrados con sus peticiones de sugerencias. Porque ellos, también con un gesto muy generoso, nos hacían ver sus cosas, y discutíamos acerca de ellas. Sospecho que Manuel se sentía más de acuerdo conmigo, porque yo, más que discutirle, le daba la razón. Y entonces él apelaba más a mis sugerencias. Y no puedo olvidar sus risotadas al final de una frase feliz.

—En el momento de la creación, Manuel sí era feliz...

CALVO.— Alfonso La Torre escribió en LA REPUBLICA un artículo donde pone algo de eso. Sucede que ALAT fue testigo de excepción de cómo trabajábamos Manuel y yo. En ese momento, Manuel era todopoderoso.

—¿Cantaba, cocinaba?

CALVO.— No cantaba, tampoco cocinaba, pero le gustaba comer. Sabía comer bien. Yo creo que no hay creador que no sepa comer bien. Yo le cocinaba muchas cosas en su casa. Platos que él comparaba en sonetos de Shakespeare.

—¿Crees que Manuel ha muerto en la madurez de su creatividad?

CALVO.— Yo creo que recién estaba llegando a su madurez. Los proyectos que tenía eran proyectos de su madurez. Las cosas que hizo antes, yo creo que eran sus primeros pasos. El proyecto más grande que tenía era de escribir sobre el verdadero descubrimiento de Europa. Luego proyectaba escribir lo que llamaba la epopeya de “Sendero Luminoso”.

—¿Epopeya? ¿Qué era para Scorza Sendero?

CALVO.— No sé exactamente, porque él tenía varias opiniones respecto al fenómeno de Sendero. Pero la que yo le escuché decir, consideraba a los compañeros de Sendero, primero como compañeros. Después consideraba que estaban equivocados, pero que en todo caso, eran empujados a la equivocación por una concreta realidad socioeconómica, y por la estupidez de la represión que acrecentaba más las razones de Sendero. Luego, él no creía en todos los crímenes que le atribuían a Sendero. El, seguramente debe haber dejado mucho material escrito en borrador, cuadros sinópticos, detalles para ser revelados sobre este asunto.

—¿Qué sabes tú?

CALVO.— Cuando estaba trabajando lo de Sendero, Manuel tenía mucho miedo de la policía. Tenía miedo que le pase lo de Fonkén, que era muy amigo suyo, y a quien mataron botándolo de un balcón. El era como un hermano de Fonkén. A él le dolió muchísimo su muerte. Pocas veces lo he visto tan destrozado por la muerte de alguien. Manuel tenía miedo de trabajar ese material que era tan peligroso. Se preguntaba “¿Si han matado a Fonkén, por qué no me van a matar a mí?”. “Si yo empiezo a revelar en una novela con nombres, datos, si yo denuncio la verdad de los crímenes que está cometiendo el gobierno y las fuerzas policiales contra el pueblo de Ayacucho, qué me va a pasar?”.

—¿Cómo vas a seguir recordándolo?

CALVO.— Feliz, muriéndose de risa conmigo, mi amigo, siempre, Manuel.